

Libros que ayudan a entender el mundo



Jorge Alemán

En la frontera

Sujeto y capitalismo

→ El malestar en el presente neoliberal

Conversaciones con María Victoria Gimbel

gedisa
editorial

Jorge Alemán

EN LA FRONTERA





El miedo al disenso

*El disenso periodístico como expresión democrática
de las diferencias y no como provocación de violencia*

Ana María Miralles

Imagine... No copyright

Por un mundo nuevo de libertad creativa
Marieke van Schijndel y Joost Smiers

Carisma

*Análisis del fenómeno carismático y su relación
con la conducta humana y los cambios sociales*

Charles Lindholm

De la riqueza al poder

Los orígenes del liderazgo mundial de Estados Unidos

Fareed Zakaria

El salario de lo ideal

El paso de una burguesía propietaria a una burguesía asalariada

Jean Claude Milner

La nueva razón del mundo

Ensayo sobre la sociedad liberal
Christian Laval y Pierre Dardot

Autodeterminación y secesión

Allen Buchanan, David Copp,
George Fletcher y Henry Shue

Nacionalismo: a favor y en contra

Jeff McMahan, Thomas Hurka,
Judith Lichtenberg y Stephen Nathanson

EN LA FRONTERA

Sujeto y capitalismo

Jorge Alemán

Conversaciones con María Victoria Gimbel

gedisa
editorial

<http://www.gedisa.com>

© Jorge Alemán, 2014
© María Victoria Gimbel, 2014

Primera edición: mayo de 2014, Barcelona

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Editorial Gedisa, S.A.
Avda. Tibidabo, 12, 3º
08022 Barcelona (España)
Tel. 93 253 09 04
gedisa@gedisa.com
<http://www.gedisa.com>

Preimpresión:
Editor Service S.L.
Diagonal 299, entresol 1ª – 08013 Barcelona
creadisseny@editorservice.net
www.editorservice.net

eISBN: 978-84-9784-825-1

Depósito legal: B.8316-2014

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o en cualquier otro idioma.

Índice

[Introducción](#)

[¿Todavía? una salida al capitalismo](#)

[Encrucijadas](#)

[En la frontera](#)

Introducción

La amplia trayectoria intelectual de Jorge Alemán recogida y publicada en diversos y destacados libros, ha venido dando cuenta de su interés fundamental por pensar la lógica interna del capitalismo para intentar una transformación política, desde una perspectiva de izquierda. La voluntad que recorre su obra va dirigida a encontrar y hacer posible la construcción de una nueva forma de experiencia, cruzando, *en la frontera*, la elección contingente y la decisión irreducible del sujeto con vistas a la emancipación. Su punto de partida toma como referencia lo que considera indiscutible, la fractura constitutiva y original del sujeto, derivado de la asunción de las enseñanzas del psicoanálisis de Freud y, sobre todo, de Lacan, relativo a la incursión del inconsciente en la experiencia subjetiva para asumir las consecuencias que ello tiene en la práctica social. En ese sentido siempre ha pensado, y piensa, que el reto en nuestros tiempos pasa por ver si hay posibilidad de alumbrar un nuevo antagonismo que ponga en juego otras reglas y otra voluntad, basada en el deseo de cada uno, pero sin renunciar a la lucha frente a la explotación y la pobreza. Precisamente, sus dos últimos libros, *Soledad: Común* y *Conjeturas sobre una izquierda lacaniana*, ahondan en esa cuestión, al ofrecer importantes claves para ir desenredando el enorme problema teórico que supone pensar en una experiencia transformadora «colectiva», condicionada por las pulsiones propias de la existencia singular (horadada), cuestionando las supuestas evidencias de lo dado. Sus nociones teóricas no están separadas de las prácticas, son más bien destellos que arrojan alguna tenue luz para entender el mapa actual de nuestra época: un mundo globalizado, dominado por el poder

financiero y que, a través de estrategias de colonización de la experiencia subjetiva, puede conducir a pensar, o bien que no hay ninguna salida ni posibilidad de cambio y entonces sólo cabe el pesimismo, el cinismo o el nihilismo, o bien creer todavía en el movimiento dialéctico de la historia que, a través de la denominada lucha de clases, superando las contradicciones, diera lugar a una futura sociedad liberada y reconciliada consigo misma.

Pero la propuesta de Jorge Alemán se presenta como una nueva forma de materialismo de lo real, que no es ni histórico ni dialéctico, y que acentúa la posición ontológica de Marx, aquella que hace referencia al movimiento de la mercancía y a la generación de la plusvalía, atravesando los textos marxianos desde el psicoanálisis e incorporando como asunto destacado el papel de la ideología, a partir de la lectura de Althusser. En ese sentido su fórmula *Soledad: Común* invita a pensar el Sujeto y la Política en términos distintos a los que aparecen en las elaboraciones del denominado pensamiento posmarxista, al considerar necesario interpretar la tradición de la izquierda, no desde la filosofía, sino desde las enseñanzas clínicas de Lacan, para poder redefinir la experiencia política en estos tiempos «catastróficos», pues entiende que a través del conocimiento de la espiral y el orden simbólico del siglo XXI tal vez se pueda constituir algún tipo de hegemonía popular basada en otra lógica de la relación singular y colectiva; su pensamiento, por tanto, se hace cargo de las *malas noticias* que trae el psicoanálisis, referidas a lo incurable de la existencia y a las consecuencias que ello tiene en la configuración del malestar propio de nuestra época, la del capitalismo.

Así, su deseo decidido pasa por no renunciar o dimitir en el intento de la construcción de otro ser con los otros, que tendría como condición la propia constitución del sujeto y que, para Jorge Alemán, se efectúa desde su *radical e irreductible Soledad*. Noción ontológica que no está referida a ningún estado de ánimo o peculiaridad individual, al contrario, es la inscripción en el ser mismo de la existencia, porque dice de la singularidad que uno a uno somos, deri-

vada en términos lacanianos en *tener un cuerpo que habla*, y por eso la Diferencia no es una categoría relativa a clases, pueblos, grupos, personas, países, etcétera, sino que es ontológicamente «absoluta». El punto de partida de la propuesta teórica pasa por reconocer que el sujeto, en el origen, está necesariamente fracturado, difiriendo tanto de sí mismo como de los otros. Si se quiere hacer algo en el terreno político hay que contar con que el cuerpo no es un mero organismo biológico que pueda adaptarse o no, sino que está afectado, inconscientemente, por el goce, haciendo del síntoma un acontecimiento del cuerpo. Además, como ya han mostrado diversas lecturas de Foucault, el cuerpo puede ser un campo de operaciones de poder, ejercidas sobre él y por él, fabricando subjetividades, configurando distintos modos de servidumbres voluntarias. De esa forma, Jorge Alemán incide una y otra vez en que no es posible ningún tipo de emancipación o liberación total, menos aún de revolución, porque el hiato o vacío que constituye al sujeto, lo imposible de cerrar o clausurar, impide siempre la identificación, construyéndose una experiencia subjetiva atrapada en sus fantasmas. Porque el trabajo pulsional es «a-histórico» y no deja de buscar su satisfacción, lo que psicoanalíticamente hablando hace del síntoma la clave principal de sus desarrollos conceptuales, por ser algo que se repite, aunque se manifieste contingentemente, dando lugar a la inadaptación permanente y explicando el goce que está detrás de los horrores, como puede ser el caso de las distintas formas de exterminio o genocidio que se han producido, y producen, en la historia de la Humanidad. Ese carácter repetitivo de la pulsión es la «*huella que el lenguaje deposita en el ser humano*», siendo la condición desde la que el sujeto emerge y a partir de la cual se va registrando su experiencia. De ese modo, el lenguaje no está considerado, en términos heideggerianos, como «*la casa del Ser*», sino como una infraestructura material que funciona más bien como la «*parte maldita*» del sujeto que no se deja atrapar ni subjetivamente ni colectivamente; por eso Jorge Alemán sostiene que no se pueda establecer un corte radi-

cal a partir del cual podría surgir un «hombre nuevo» como fundamento de una modernidad alternativa.

Solamente habría manera de crear otro lazo social haciendo una especie de pacto con los mandatos superyoicos para desviar el poder de la pulsión de muerte que continúa incesantemente buscando el estado inanimado; ese deseo de aniquilación o violencia es con el que hay que contar, porque la pulsión es ajena a toda simplificación basada en un materialismo burdo o biologicismo que pretenda reducir el cuerpo a una materia orgánica en funcionamiento. En este sentido, estaría de acuerdo con Heidegger al considerar la voluntad de poder nietzscheana como la extrema manifestación de la organización racional y técnica de la realidad. No olvidemos que Nietzsche otorga un estatuto ontológico a *la vida como voluntad de poder*, estando *más allá del bien y del mal*, siendo el dato inmediato o la condición de posibilidad de todo lo demás; de ahí que no se pueda estar fuera o por fuera de la vida, ya que ella también se manifiesta en el cuerpo humano, entendido como un campo de fuerzas donde se da permanentemente la batalla, haciendo de la existencia algo problemático, porque el hombre estaría movido por «*amor al poder*», lo que le ocasiona una inestabilidad que tiene como efecto la desintegración del Yo, y en la que el lenguaje resulta insuficiente para dar cuenta de lo más íntimo y profundo. Así pues, según esta hermenéutica radical nietzscheana, la voluntad de poder designa tanto la esencia de la vida como la esencia del hombre. Desde esta perspectiva se podrían entender, en cierta medida, los desarrollos de Agamben al exponer que *las formas de vida* se manifiestan separadas de la zoé o *nuda vida*, al estar gestionadas y administradas por el poder biopolítico, haciendo de la población un campo disciplinado. Pero para Jorge Alemán el síntoma es algo «antivital», lo *Común*, estableciendo una diferencia entre los cuerpos, que sí pueden ser atravesados, y la noción de vida que, siguiendo a Lacan, es algo *impenetrable*. Porque la vida no toma la palabra sino que es el cuerpo del ser humano (hablante, sexuado y mortal) el que está afectado por el goce,

al no ser meramente un cuerpo vivo sino, sobre todo, al estar determinado por la inscripción de lo que, con sus palabras lacanianas, denomina *lalengua*, la que realmente determina contingentemente la existencia en relación a los significantes, ocasionando un encuentro traumático de cada uno con la misma. Eso explica que la *Soledad* sea una categoría ontológica, del orden de la necesidad, y que no se refiera a algo histórico ni tampoco a la vida. De este modo, los términos de la fórmula *Soledad: Común* van en serie, y esta expresión no designa ni una conjunción ni una disyunción inclusiva o exclusiva entre ambas, por lo que su planteamiento se distingue de cualquier ontología vitalista de corte inmanentista, incorporando como condición dada la materialidad de la lengua y los efectos radicales e irreductibles que ella produce en la experiencia singular del sujeto, y se concibe entonces la realidad, no en términos de homogeneidad, sino desde una falla o resto siempre heterogéneo.

Su planteamiento supone también una crítica al pensamiento orientado por «ideales», pues considera que estos solamente esconden ficciones construidas en torno a utopías, como el comunismo, basadas en la posibilidad de una reconciliación histórica derivada de la lucha social. En cambio, para Jorge Alemán la emancipación no puede venir a través de ningún proyecto teleológico, y no hay que esperar entonces ninguna toma de conciencia, pues una de las indicaciones que pone sobre la mesa se refiere a que una nueva práctica que se manifieste en términos de rebelión o protesta, aunque útil, no deja de descansar bajo una idea ingenua de lucha contra la alienación. La cuestión, sin embargo, tiene que ver con el deseo y no con la mera satisfacción de las demandas, para lo que nos recuerda que, por muy esclavizados o explotados que estén los sujetos, ello no garantiza su potencial emancipatorio, menos en una sociedad como la nuestra, donde el movimiento del capitalismo, regido por una mayor acumulación de operaciones financieras, se desarrolla ilimitadamente en la experiencia del consumo. En ese aspecto, le interesa analizar la relación

entre la noción plusvalía marxista y el plus de goce lacaniano, desmitificando las relaciones «fantasmales» en la constitución subjetiva, que conllevan tanto un incremento de la insatisfacción de los sujetos como la implantación constante de técnicas científicas, presentadas como curas terapéuticas, salvadoras de los males que ocasiona el propio proceso fetichista de la mercancía. Por lo que en su perspectiva, el sujeto tendría que desear no querer estar sometido, ello sin caer en las identificaciones discursivas que articulan los movimientos políticos, ya sean nacionales, de grupo o de otro tipo, porque son representaciones subjetivas que enmascaran lo irresoluble: *la Soledad: Común*.

Parecería que esa consideración lacaniana del sujeto llevaría a sostener, políticamente hablando, una especie de escepticismo lúcido, al poner una barrera infranqueable para la transformación social, que limitaría la práctica política sólo a lograr mejorar dentro de lo posible. Pero Jorge Alemán critica esa forma de entender la política en términos de gestión y administración, insistiendo, eso sí, de modo conjetural y sin garantía, en apostar todavía por hacer una lectura «radical» y en los márgenes del psicoanálisis para, desde ella, proponer una respuesta que comprometa a la izquierda en la construcción de algún tipo de *pueblo aún sin nombre*. Con ello entiende que el capitalismo, aquí en consonancia con algunos pensamientos posmarxistas, no constituye una realidad eterna, cerrada e imperecedera sino que es una realidad histórica y contingente. Por eso piensa que no se deben bajar los brazos y admitir ya la derrota, al contrario, hay que aprovechar el *impasse* actual para seguir preguntándose por las condiciones de una nueva práctica emancipatoria. Eso sin dejarse atrapar por los discursos imperantes que presentan la situación presente en clave de «crisis», cuyos efectos son, o bien creer que no hay una salida posible a este *estado de excepción permanente*, en expresión de Agamben, o bien sólo seguir participando en las políticas populares orientadas en la línea del progreso ilustrado de la Humanidad. Pues bien, la propuesta de Jorge Alemán se desmarca de ambas, porque si bien

sigue pensando —al modo de Marx— que *todo lo sólido se desvanecerá en el aire*, eso no le lleva, por su impronta psicoanalítica, a considerar posible la emancipación social «para todos», porque la noción de Igualdad, entendida como simetría u homogeneidad, y referida al universal «todos iguales», no constituye la condición del sujeto, ni tampoco por ello puede ser la fuente de emergencia desde la que elaborar un proyecto común que nos liberase de las cadenas en pos de la dignidad de la persona o articulado en torno a unos supuestos derechos humanos inalienables. Únicamente cabría hablar, en sus términos, de *momento igualitario*, desarrollado a partir de la lógica —lacaniana— del «no-Todo», invitando con sus reflexiones a separar definitivamente el legado de Marx de cualquier planteamiento metafísico.

Sus conjeturas se apoyan en esa visión no del todo pesimista, pues como dice en uno de sus versos, sigo en ello *para salvarme de los tiempos que se deleitan en las certezas prematuras*. De ahí que su desafío pase por hacer de alguna manera lacaniana a la izquierda. Pero su perspectiva no se dirige hacia una nueva forma de freudomarxismo, en un intento de aunar a Lacan con Marx, sino de llevar algunas destacadas indicaciones de la práctica clínica al terreno del pensamiento político para intentar la construcción de otro lazo social, que no se fundamente ni en la idea de comunidad ni en la idea de democracia, tal y como se han venido dando. Eso no significa que, puntualmente, se pueda ir interviniendo en las manifestaciones populares o en las instituciones, pero sin olvidar la indicación clave, referida a que el *Común* no señala a un conjunto de sujetos iguales que formen una comunidad, ni formal ni materialmente. Al contrario, la comunidad en la que piensa Jorge Alemán no está dada todavía, porque ella tendría que contar con la condición singular del sujeto como hecho colectivo político; en sus palabras, la matriz de otro tipo de soberanía — en el pueblo— se daría tal vez con la *irrupción de la Soledad singular del sujeto plasmada en la emergencia de lo Común*. Porque su análisis del síntoma, explicado en mu-

chos de sus numerosos textos, se basa en la distinción que establece Lacan entre, por una parte, el término *Sinthoma*, derivado de la grafía arcaica, referido al modo singular en que cada uno habita *lalengua* —*el Común*—, y cuyas marcas jeroglíficas en el cuerpo del ser hablante (pulsiones, repeticiones, fijaciones cifradas que remiten a un goce inútil) muestran la insondable incurabilidad del Sujeto —*la Soledad*—, y, de otra parte, el término *síntoma* en sentido freudiano, referido a esa formación del inconsciente que es susceptible de ser descifrada como algo reprimido (lapsus, sueños). Esa diferencia entre ambos sentidos es muy importante pues el *Sinthoma*, cuya escritura no puede ser interpretada, es irreductible y conduce a sostener que ese modo singular de ser alcanzado por *lalengua*, que vehiculiza o procura el *Sinthoma*, nunca puede hacer «masa o multitud», de tal manera que para Jorge Alemán lo que se debería poner en juego es el vínculo problemático entre *la Soledad* del *Sinthoma* y el *Común* de *lalengua*. Así, si no es posible la liberación subjetiva mucho menos ponerse de acuerdo, por consenso, en el marco de una «comunidad de diálogo ideal», al estilo de las propuestas de Habermas, al no tener en cuenta lo determinante, aquello que afecta al sujeto y que nunca puede ser comunicable del todo; dicho en sus términos: lo imposible. Ahí está uno de los problemas a los que se enfrenta su propuesta de *izquierda lacaniana*, pues las enseñanzas psicoanalíticas parece que impiden cualquier posibilidad de mejora social, sobre todo, cuando para Lacan la pulsión de muerte es la fuerza principal que rige la experiencia, y eso supone contar de antemano con que no habrá justicia final «para todos» que pueda consumarse y no haya que esperar un destino juntos que cumplir, al señalar que el Sujeto está siempre dividido, sin posibilidad de sutura, por lo que para «hacer algo» con la política es necesario separarse de cualquier identificación para tal vez ir construyendo lentamente las condiciones que posibiliten el surgimiento de otra experiencia, emergida de una voluntad que todavía es inédita.

Aun reconociendo lo «intempestivo» de su propuesta, Jorge Alemán, a través de su análisis *del discurso capitalista*, considera que cabe todavía alguna salida al capitalismo frente a la marcha de las políticas neoliberales dominantes que nos circundan. Eso sin asumir el papel de víctimas, identificándonos completamente con movimientos, digamos reivindicativos, ni tampoco posicionarnos como «ciudadanos» desde una especie de grado 0 de la democracia, renunciando a la transformación social. Apuesta más bien por intervenir desde un horizonte de responsabilidad (ésta entendida en un cierto sentido sartreano) siendo actores de una constante paradoja entre la singularidad radical y la creación de un nuevo contrato basado en otra complicidad para poder franquear el presente. Porque no hay que seguir pensando y actuando desde una lógica de la «totalidad» que entiende las diferencias como resultado de un movimiento dialéctico o como un proceso basado en las contradicciones, y que por ello mismo podrían ser superadas. Al contrario, sólo desde la tensión y el desajuste, derivados de la Diferencia absoluta, que impide borrar el vacío constitutivo del sujeto y hace que los antagonismos sean irreductibles, puede emerger alguna clase de hegemonía popular surgida en esa especie de «no-lugar común». Por ello, su planteamiento resalta las relaciones paradójicas que se dan en ese lugar de la «dislocación», un espacio fronterizo que no puede ser homogéneo o identitario; ese terreno problemático sería el lugar político constituyente de la experiencia del sujeto en su devenir.

Además, cierta marca althusseriana le lleva a poner como asunto destacado la cuestión de la Ideología, insistiendo en que siempre retorna y por eso, en palabras de Lacan, se trataría de *volver con lo nuevo*, más allá del capitalismo, en un intento de conservar determinados legados, sabiendo que la posible emancipación, por venir, siempre será un proceso parcial, basado en todo caso en un pacto político distinto, sin paranoia y sin ideales. Porque el sujeto, marcado por su imposibilidad, nunca debe ser entendido como mero objeto sino como una ficción ideológica que mantie-